

January 2007

El lenguaje: Una ocasión para la felicidad

Carlos Ramiro Vallecilla Bahena

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Vallecilla Bahena, C. R. (2007). El lenguaje: Una ocasión para la felicidad. *Revista de la Universidad de La Salle*, (43), 25-27.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El lenguaje: Una ocasión para la felicidad¹

Carlos Ramiro Vallecilla Bahena²

La ciudad de Alejandría fue fundada por Alejandro Magno en el año 331 antes de Cristo. De acuerdo con el testimonio de un cronista romano, este hecho capital en la historia de las civilizaciones tuvo lugar inmediatamente después de la visita del héroe griego al santuario del diós egipcio Amón, llamado “el oculto”. Para definir los límites de la nueva ciudad, Alejandro Magno, el conquistador del mundo, quien habría de morir a los 33 años con una espada bajo su almohada y ejemplar de la Iliada en sus manos, había elegido una franja de tierra comprendida entre el lago Mareotis y el mar. El héroe ateniense trazó con harina de cebada los límites de las futuras murallas que protegerían a la ciudad. Cuenta la leyenda que bandadas de pájaros se abalanzaron sobre la harina para comérsela. Muchos consideraron este episodio de mal agüero, pero el veredicto de los adivinos fue que la ciudad disfrutaría de una numerosa población de inmigrantes y que proporcionaría medios de subsistencia a muchos países. Efectivamente, con el transcurso del tiempo, Alejandría se convirtió en una ciudad cosmopolita. De todas las nacionalidades la más importante era la griega, para quien la palabra escrita se había convertido en un símbolo de conocimiento y de poder. El poeta Menandro, por ejemplo, escribió estas palabras verdídicas: *“quien sabe leer ve dos veces mejor”*. Fueron también los griegos los primeros en introducir un registro preciso y sistemático de las transacciones que se realizaban en la ciudad, cuya economía crecía vertiginosamente. Ya a mediados del siglo III antes de Cristo, los recibos, los presupuestos, las

declaraciones y permisos se hacían por escrito. Se expedían documentos para cada tarea, por pequeña que fuese: cuidar cerdos, comprar lentejas tostadas, regentar un baño público o pintar una casa, eran actividades de las que debía quedar constancia escrita. Así, un documento fechado en el año 258 a.C. muestra como el ministro de finanzas Apolonio recibió 434 rollos de papiros en 33 días. El trato con la palabra escrita acostumbró a los ciudadanos de Alejandría al acto de leer.

Se cree que fue Demetrio Falerno, erudito ateniense, compilador de fábulas de Esopo y crítico de Homero quien sugirió al sucesor de Alejandro, Tolomeo I, que fundara la biblioteca que haría famosa a Alejandría. Los pocos documentos que han llegado a nuestros días la describen como un amplio pasaje cubierto, a la manera de un callejón, donde todo nicho debía estar dedicado a una cierta categoría de autores, cada uno marcado con un cierto encabezamiento. Este espacio se fue ampliando hasta albergar cerca de medio millón de rollos, además de otros 40.000 almacenados

¹ Palabras durante el homenaje al Profesor Universitario el 15 de mayo de 2006.

² Representante de los profesores al Consejo Superior de la Universidad de La Salle. Profesor Asociado de la Universidad de La Salle. Ingeniero Civil de la Universidad de La Salle. Magister en Estructuras de la Universidad Nacional de Colombia.

en un edificio adjunto al templo de Serapis, en Rakhotis, un antiguo barrio egipcio. Un rollo de papiro constaba de un promedio de 20 hojas cuyo ancho variaba entre 5 y 10 cm. Si tenemos en cuenta que antes de la invención de la imprenta, la biblioteca de Aviñon era la única del Occidente cristiano que superaba los dos mil volúmenes, nos convencemos de la importancia de la biblioteca de Alejandría. El proyecto de esta biblioteca era acumular el saber humano de la época. Si para Aristóteles reunir libros formaba parte de las tareas del sabio, puesto que se los necesitaba, decía el mismo, “*a manera de memorandos*”, la biblioteca de Alejandría, heredera de ese espíritu aspiraba a ser la memoria del mundo. Por decreto real, los barcos que atracaban en Alejandría tenían que entregar los libros que llevaban a bordo. Estos libros se copiaban y los originales eran devueltos a sus propietarios, mientras que los duplicados se incorporaban a los estantes. La biblioteca formaba parte de una de las más prestigiosas instituciones del mundo antiguo. Su director era nombrado directamente por el faraón de Egipto, y en el tiempo de la invasión de los romanos, por el César. La biblioteca de Alejandría logró sobrevivir hasta el año 634 en que el califa Omar la quemó, basado en el siguiente inaudito argumento: “*los libros de la biblioteca o bien contradicen al Corán, y entonces son peligrosos, o bien coinciden con el Corán, en cuyo caso son superfluos*”. Este razonamiento asombroso le costo a la humanidad una de sus más grandes obras.

Pero la invención de la escritura se remonta a los tiempos de la antigua Babilonia. Hacia el año 2350 A.C., la ciudad era una arcadía de muros, adelfas, pavimentos bituminosos, portales abiertos, montones de arcilla y torres mutiladas. En el interior de sus muros se leyó por primera vez la epopeya de Gimagés, que incluye uno de los relatos más antiguos de que se tenga noticia del diluvio universal. Es Babilonia de la torre de Babel y del rey Hamurabi, cuyo sistema legal fue uno de los primeros intentos de codificar la vida de la sociedad.

En Babilonia también comenzó la prehistoria de los libros. Cuando el aire se hizo más fresco y seco, las comunidades agrícolas abandonaron sus pueblos desperdigados y se agruparon en grandes centros urbanos que pronto se convirtieron en ciudades – estado. Con el fin de organizar mejor una sociedad cada vez más compleja, con sus leyes, edictos y reglas de comercio, sus habitantes inventaron, hacia finales del cuarto milenio A.C, un arte que cambiaría para siempre la naturaleza de la comunicación entre los seres humanos: el arte de escribir. Con toda seguridad la escritura nació por razones comerciales, por ejemplo, para recordar que una cierta cantidad de ganado pertenecía a una familia determinada o debía ser trasladada a otro sitio. Los primeros signos escritos se ejecutaron sobre tablillas de arcilla creando así un documento que hacía innecesaria la presencia de la memoria viva para recuperar la información. Este acto trajo consigo una transformación de las relaciones entre los hombres y signifi-

có la culminación de un anhelo de la humanidad. El hombre superaba por primera vez los obstáculos de la geografía, de la irrevocabilidad de la muerte, de la erosión del olvido. Con un solo acto - la incisión de una figura en una tablilla de arcilla- aquel primer escritor anónimo logró repentinamente realizar todas aquellas hazañas en apariencia imposibles. Y, puesto que el escritor era un hacedor de mensajes, un creador de signos que requerían el concurso de magos que los descifrarán, que reconocieran su significado y que les prestaran una voz, se hizo necesaria la presencia de un lector.

Nace así una de las relaciones humanas más interesantes, complejas y sorprendentes. Efectivamente, la relación entre el escritor y el lector presenta una paradoja maravillosa: al crear el rol de lector, el escritor decreta simultáneamente su propia muerte, puesto que, a fin de que el texto se dé por concluido, el escritor debe retirarse. Mientras él esté presente, el texto sigue incompleto. Sólo cuando el escritor desaparece, cobra vida el texto. Sólo cuando los ojos curiosos del lector entran en contacto con los signos de la tablilla comienza la vida activa del texto. Todo escrito depende de la generosidad del lector. Desde su inicio mismo, la lectura es la apoteosis de la escritura. Ralph Waldo Emerson, el pensador norteamericano, dijo que una biblioteca es un gabinete mágico en el que hay muchos espíritus hechizados. Despiertan cuando los llamamos; mientras no abrimos un libro, este libro, literalmente, geoméricamente es un volumen, una cosa entre las cosas. Cuando lo abrimos, cuando el libro da con su lector, se produce la revelación y tiene lugar un hecho estético. Entonces nos arrojamus a él con la misma intensidad con la que en la juventud nos volcamos sobre los seres humanos, con la pasión de descubrirlo todo. Además, en el acto de la lectura comprobamos que las palabras no son tan sólo un álgebra de símbolos, sino también magia y música y que un idioma es una tradición, un modo de sentir la realidad.

Esta distinción entre escritor y lector nos remonta a lo que San Agustín creía interpretar en la diferencia establecida por el mismísimo Creador en persona. De acuerdo con una cita recogida de uno de sus libros mayores, las confesiones, San Agustín escucha al Señor quien le dice las siguientes palabras: “*Lo que dice mi escritura, soy yo quien lo dice. Pero la escritura habla en el tiempo mientras que el tiempo no afecta mi Verbo, que permanece para siempre igual a Mí, en la eternidad. Las cosas que ves por medio de mi Espíritu, las veo Yo, de la misma manera que Yo digo las palabras que tú repites por medio de Mi Espíritu. Pero si bien tú ves esas cosas en el tiempo, no así Yo. Y aunque tú dices esas palabras en el tiempo Yo no las digo en el tiempo.*” Estas palabras de San Agustín nos conducen a la noción de libro sagrado, del todo distinta de la noción de un libro clásico. En un libro sagrado una inteligencia infinita ha condescendido a la tarea humana de redactar un libro. En la tradición católica, el Espíritu Santo se transfirió en literatura, lo cual es tan milagroso y tan cierto

como que Dios condescendió a ser hombre. Efectivamente, en la ejecución de su obra divina el Espíritu Santo escribe un libro, un libro sagrado en el que, a diferencia de toda escritura humana, nada puede ser casual ni obra del azar.

El libro es pues, el resultado de esta historia tortuosa y fascinante. A partir de este momento, encontramos al libro relacionado con todas las actividades humanas. Es de anotar, sin embargo, que el libro, en su versión moderna, aparece en 1440, cuando un joven grabador y tallista de piedras preciosas del arzobispado de Mainz, cuyo nombre completo era Johannes Gensfleisch zur Laden Gutenberg comprendió lo mucho que podía ganarse en velocidad si las letras del alfabeto se tallaban en tipos que pudieran reutilizarse en lugar de los bloques de madera que hasta entonces se empleaban. En su taller, Gutenberg diseñó todos los elementos esenciales de una imprenta: un prisma de metal para moldear las superficies de las letras, una presa que combinaba las características de las utilizadas para hacer vino y una tinta a base de grasa. Gutenberg logró producir una Biblia con 42 líneas en cada página, el primer libro impreso de la humanidad. La invención de Gutenberg tuvo efectos inmediatos. Apenas unos años después aparecieron imprentas por toda Europa. En 1465 en Italia, en 1470 en Francia, en 1472 en España. La primera imprenta del Nuevo Mundo fue instalada en Ciudad de México en 1533. Se ha calculado que esas imprentas produjeron más de 30.000 incunables, vocablo procedente de la palabra latina del siglo XVII *incunabala*, que significa "relacionado con la cuna", y que empleamos para designar libro impresos antes del año 1500.

Siglos atrás, los antiguos habitantes de Mesopotamia, ajenos aún a la palabra del Señor, creían que los pájaros eran sagrados porque, en la arcilla todavía blanda, sus patas dejaban marcas que se asemejaban a la escritura cuneiforme e imaginaban que si lograban descifrar esos signos confusos sabrían lo que pensaban los dioses. Esta interpretación mítica de la palabra nos muestra que ya las culturas antiguas sabían que a través de la escritura recuperamos el sentido de nuestra integración con el mundo, el significado del hombre que se realiza en lo que hace, en la moral implícita en su trabajo, en el ideal de un saber que está a la altura de las circunstancias, tanto en el destierro, como en la desdicha, como en el

desamparo. Efectivamente la existencia de las palabras es un hecho trascendental en nuestras vidas y un motivo de felicidad la posibilidad de entretrejer estas palabras en poesía, esa cosa liviana, alada, sagrada, de la que habló Platón. Y lo que es más importante, la escritura nos abre las puertas de un país lo bastante amplio para que cada cual halle en él su parcela, lo bastante desierto para pasearse por él desnudo, aunque se encuentre poblado de fantasmas que cantan. Las palabras que se transforman en literatura y en poesía nos ofrecen, al igual que los viajes, el amor o la desgracia, una confrontación con nosotros mismos y nos proporcionan argumentos para nuestro monólogo interior.

El ejercicio de la escritura nos enseña que debemos saber preservar, bajo la oleada múltiple, angustiosa y ligera de las sensaciones, esa nítida limpidez que es el equivalente formal de la serenidad. Esas mismas palabras nos enseñan que cuando el geómetra afirma que la luna es una circunferencia de cuyo centro todos los puntos equistan, esta definición no es menos metafórica que la de Nietzsche cuando prefiere definirla como gato que anda por los tejados. La escritura, y con ella el ejercicio de formas superiores de cultura, nos enseña que debemos imitar el ejemplo de Ulises quien encuentra en los numerosos puertos que lo separan de Ítaca una ocasión para instruirse y para gozar la vida, o el ejemplo de Sócrates, quien mientras le preparaban la cicuta, aprendía de memoria una melodía para tocar en su flauta. "¿De qué te va a servir?" Le preguntaron. Y el respondió: "para saberla antes de morir".

En este mundo en el que nos ha sido dado existir, tan llenos de errores, tan expuestos a la desventura, tan fugaces en la dicha, todos debemos saber que lo que nos sucede es una dádiva y un instrumento. Las cosas nos han sido concedidas con un fin. Todo lo que nos sucede, incluso la enfermedad, el ovido y la desgracia, todo esto nos ha sido dado como material para nuestro arte. Y de todo debemos sacar el mejor provecho. Por esto la poesía antigua llama al destierro y a la tristeza el alimento de los héroes. Todas las cosas nos fueron dadas para que las transmutemos, para que convirtamos la pequeña circunstancia de nuestras vidas en un quehacer con vocación de eternidad.